

104

Remedios Sánchez García

Lecciones azules

ISBN 978-84-9895-009-0



9 788498 950090

Remedios Sánchez García (ed.)

LECCIONES AZULES  
LENGUA, LITERATURA Y DIDÁCTICA



VISOR LIBROS

Aproximación a la metodología  
histórica de René Wellek en  
*Historia de la crítica moderna*  
(1750-1950)

Antonio Chicharro Chamorro  
*Universidad de Granada*

CUESTIONES PRELIMINARES

Para el lector interesado en la historia de los estudios literarios y aún más para quienes se propongan la elaboración de estudios históricos en este sentido<sup>1</sup>, resulta de gran ayuda conocer, como es obvio, las reglas explícitas del juego metodológico seguido por algunos de sus escasos historiadores. En este dominio, contamos con aportaciones de interés. Así, una pionera e imprescindible «Advertencia preliminar» del fundador de esta clase de estudios entre nosotros, Marcelino Menéndez Pelayo, cuyas siete apretadas páginas abren plaza a su *Historia de las ideas estéticas en España*, palabras preliminares estas firmadas en julio de 1883<sup>2</sup>. Y contamos también con tres reflexiones

<sup>1</sup> El presente trabajo, que hace hincapié en aspectos metodológicos de lo que pueda constituir una historia del saber literario, mantiene una estrecha relación con los que en su día publiqué bajo los títulos de «Saber literario e historia: Algunas cuestiones de principio a la luz de la discusión actual acerca de los modelos objetivistas históricos» (Chicharro, 2001) y «Para una historia del saber literario (Notas de una investigación historiográfica en marcha)» (Chicharro, 2004).

<sup>2</sup> Recordaré que Menéndez Pelayo hace notar su minuciosidad lectora sobre fuentes de primera mano y la finalidad de lograr una labor «exacta, sincera y honrada», labor que se caracteriza por servir como historia de la estética, como introducción general a la historia más que cronológica y externa de la literatura española y,

metodológicas previas que René Wellek<sup>3</sup> puso al frente de su también imprescindible *History of Modern Criticism*, obra en unos previstos cuatro volúmenes que Yale University Press comienza a publicar en 1954 y cuya versión española, la que seguimos en este trabajo, ha venido ofreciendo la Editorial Gredos bajo el título general de *Historia de la Crítica Moderna (1750-1950)* a partir de 1959 en siete volúmenes y en cuyos números uno, tres y cinco, tras sendos prólogos —«Prólogo» (Wellek, 1969: 7-9), «Prólogo a los volúmenes III y IV» (Wellek, 1972: 7-10) y «Prólogo a los volúmenes V y VI» (Wellek, 1988: 7-10)—, se reproducen las mismas. Así, en el volumen primero incluye una «Introducción» (Wellek, 1969: 11-22), en el tercero «Introducción a los volúmenes III y IV» (Wellek, 1972: 11-17) y en el quinto «Introducción a los volúmenes V y VI: Método y ámbito» (Wellek, 1988: 15-29).

Estas reflexiones metodológicas resultan tanto más interesantes por cuanto, dada la amplitud temporal en que las mismas se han de-

---

he aquí su principal orientación confesada, una investigación acerca de los preceptos teórico estéticos. Aquí alcanza justificación la función de todo investigador literario: estudiar y fijar los cánones absolutos a partir primero de la obra de los preceptistas y, si no es posible así, a partir de la misma obra de arte. Justifica después dos criterios metodológicos a la hora de exponer las ideas propias y las de los autores estudiados: opta por guardarse sus opiniones y reflexiones para darlas al final en forma de epílogo, dejando que hablen solos los autores, sin mezclarlas; y opta por el empleo del método histórico hasta llegar a Kant y por el crítico para lo posterior, consagrando a su manera la división disciplinar clásica. La siguiente reflexión de estirpe historicista que ofrece versa sobre la tan antigua como moderna y atrasada disciplina estética, la metafísica de lo bello, mal cultivada por los filósofos cuando actúan normativamente, afirma, lo que influye muy negativamente en la relación de los propios artistas con esta disciplina, abogando después por la necesidad de desarrollar estéticas concretas, la filosofía técnica del arte, cuyo objeto es el sistema de las artes y sus técnicas respectivas. Por último, expone en cinco puntos el objeto material de su estudio (desde las disquisiciones metafísicas sobre la belleza y su idea de los filósofos españoles hasta las ideas de los escritores explícitas en prólogos o en sus obras, pasando por la especulación mística, la dimensión estética que pueda haber en poéticas, retóricas, etc.), no olvidando estudiar las relaciones de la estética española con la dominante en los periodos de la filosofía.

<sup>3</sup> Wellek (1903-1995), de origen europeo —en cuya tradición filológica se forma—, vinculado a Praga y Viena, desarrolló todo su trabajo de madurez en Estados Unidos de Norteamérica, país al que se traslada durante la Segunda Guerra Mundial y tras una estancia en Londres.

sarrollado a raíz de diferentes experiencias historiadoras provenientes de su aplicación a muy diversos dominios de la actividad crítica —entendida aquí y ahora en el sentido que propone el propio Wellek<sup>4</sup>—, no mantienen, como resulta comprensible, linealidad y coherencia totales. No olvidemos que este teórico de la literatura<sup>5</sup> e historiador de la crítica literaria llega a caer en la paradoja consistente en afirmar, tras su intensa aproximación al pensamiento literario y estético, que desde una perspectiva de su evolución interna tal evolución no existe. Esto es lo que le lleva a decir lo siguiente:

*Los intentos de una historia evolucionista han fracasado. Yo mismo he fracasado en History of Modern Criticism al intentar construir un esquema convincente del desarrollo. He descubierto, por experiencia, que no hay evolución en la historia de la argumentación crítica, que la historia de la crítica es más bien una sucesión de debates acerca de conceptos recurrentes, acerca de conceptos esencialmente en conflicto, acerca de problemas permanentes en el sentido de que nos acompañan hoy día. (Wellek, 1983: 260).*

<sup>4</sup> Wellek afirma al respecto: «Tomo el término 'crítica' en amplio sentido, para abarcar no sólo opiniones sobre libros y autores particulares, crítica «de enjuiciamiento», crítica profesional, ejemplos de buen gusto literario, sino también, y principalmente, lo que se ha pensado sobre los principios y teoría de la literatura, su naturaleza, función y efectos; sus relaciones con las demás actividades humanas; sus tipos, procedimientos y técnicas; sus orígenes e historia» (Wellek, 1959: 7-8). Con anterioridad y en su *Teoría de la literatura*, escrita en colaboración con Austin Warren, había dejado escritas unas palabras más precisas sobre nombres y ámbitos disciplinares de los estudios literarios: «Lo más indicado parece ser llamar la atención sobre estas distinciones calificando de «teoría literaria» al estudio de los principios de la literatura, de sus categorías, criterios, etc. y diferenciando los estudios de obras concretas de arte con el término de «crítica literaria» (fundamentalmente estática de enfoque) o de «historia literaria». Ocioso es decir que el término «crítica literaria» se utiliza a menudo de modo que acaba por comprender toda la teoría literaria (...) El término «teoría literaria» podría comprender propiamente —como comprende en este libro— la necesaria «teoría de la crítica literaria» y la «teoría de la historia literaria»» (Wellek y Warren, 1948: 48-49; el subrayado es nuestro). Afirman además la interrelación de tales disciplinas como consecuencia de la interpenetración de teoría y práctica.

<sup>5</sup> Su *Teoría de la literatura*, escrita en colaboración con Austin Warren (Wellek y Warren, 1948), es uno de sus más conocidos e influyentes trabajos, trabajo que el propio Dámaso Alonso mandó traducir para su publicación, con prólogo suyo, en la famosa colección, por él dirigida, Biblioteca Románica Hispánica de la Editorial Gredos.

Pues bien, hecha esta breve presentación, es hora de que conozcamos sus reflexiones metodológicas, así como alguna de sus palinodias.

### EL PRÓLOGO Y LA INTRODUCCIÓN DEL PRIMER VOLUMEN

René Wellek comienza justificando la disciplina histórica a la que se debe por cuanto

*la historia de la crítica, lejos de ser asunto de pura arqueología, debe servir para iluminar y hacer posible la interpretación de nuestra situación actual, como, a su vez, sólo se hará comprensible a la luz de una teoría literaria moderna. (Wellek, 1959: 7).*

Para cumplir esta finalidad, el teórico e historiador justifica el hecho de que dé comienzo a su narración histórica acerca de la crítica —crítica entendida en amplio sentido, recuerdo, según lo recogido en la nota 4— producida en la segunda mitad del XVIII, pues es entonces cuando comienza a desintegrarse el sistema de las doctrinas neoclásicas y surgen doctrinas y conceptos —naturalismo, el arte como expresión y comunicación emotivas, el punto de vista místico y simbólico de la poesía, entre otros— que aún conservan su validez. Afirma a continuación que tratará de marchar por un derrotero intermedio entre la estética pura y las afirmaciones de tipo impresionista al respecto y que en los dos primeros volúmenes de la obra —se refiere a la versión inglesa de la misma— dará entrada a la crítica de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, dejando para los volúmenes tercero y cuarto el tratamiento de la crítica española<sup>6</sup>, rusa y norteamericana ya que

*la crítica española aparece como una derivación [de la europea], la rusa aún está en sus inicios y la norteamericana no para de remedar a la inglesa. (Wellek, 1959: 8).*

<sup>6</sup> Wellek dedica parte del volumen 7 de su historia a la crítica española. Este último volumen apareció en 1996.

Por otra parte y a la hora de sustentar la especificidad de su estudio histórico sobre la crítica moderna, que alcanza doscientos años de esta actividad entre los siglos XVIII y XX, hace referencia a las concepciones literarias anteriores, básicamente neoclásicas, lo que le sirve para sustentar un principio teórico con implicaciones metodológicas: que entre teoría y práctica hay un profundo abismo a lo largo de la historia:

*Confesemos, con toda sinceridad, que la historia de la crítica tiene su interés propio y exclusivo en sí misma, y que incluso no guarda ninguna relación con la historia de las letras; es, simplemente, una rama de la historia de las ideas que está en relación muy difusa con la literatura coetánea» (Wellek, 1959: 17).*

A partir de aquí establece objeto y objetivo de su trabajo: la mejor comprensión posible de las ideas literarias consideradas internamente, sin hacerlas extensivas a sus implicaciones prácticas. Este principio rector de su trabajo histórico hace que delimite como obstáculo en su inmanente camino el problema cognoscitivo general de la explicación causal de los conceptos teóricos y juicios críticos y en particular el de la explicación causal psicológico-biográfica. Esta indagación en las causas resulta aún más difícil en el caso de referirnos a la sociedad en general, resultando aún más arriesgado asociar doctrinas particulares a cambios históricos y sociales específicos, si bien esto no elimina la existencia de diferencias entre críticas nacionales cuya tradición sí mantiene relaciones institucionales, etcétera. Pero no le merece la pena detenerse en ello. Las consecuencias metodológicas del abandono de la investigación causal y del estudio de otras vinculaciones son claras: 1) Descripción, análisis y crítica de las ideas; 2) Estudio de problemas de prioridades y relaciones mutuas (el problema de la selección); y 3) Necesidad de emplear un método riguroso frente a los grandes autores y frente a sus ideas esenciales. Para ello, dice haberse servido parcialmente del método de la historia de las ideas, pero no siempre porque le daba problemas a la hora de comprender sinópticamente a un pensador. Lo que ha perseguido con su trabajo finalmente ha sido dar a conocer las más grandes mentes unidas pese a todo en la tarea de comprender y enjuiciar la literatura.

## EL PRÓLOGO Y LA INTRODUCCIÓN DEL TERCER VOLUMEN

Así razonaba Wellek en los comienzos de su *Historia de la crítica moderna*. Pero esta obra, que ha cabalgado *in fieri* más de dos décadas necesitaba de otros comentarios liminares que permitieran hacer comprender al lector el sentido de su trabajo histórico, aparte de que su autor aprovechara la ocasión para aclarar ciertas críticas recibidas. Así pues, ya en el volumen tercero de la versión española, se descuelga con un prólogo que hace valer también para el cuarto —obviamente, de la versión española—, donde puntualiza la finalidad, tema y método de la obra. Su objetivo, razona, es rastrear la historia de la teoría literaria o poética que preside toda obra de imaginación, siguiendo un rumbo intermedio entre la estética general, la historia literaria y la crítica práctica, por cuanto no es posible separar este estudio del problema de la valoración implícitos en todos ellos, lo que hace que su dominio de estudio sea enorme y se traduzca sólo empíricamente en desequilibrios en el tratamiento de las disciplinas. Sin separar teoría y crítica y teniendo en cuenta su enorme diversidad, diversidad que apunta en todo caso al objeto de la literatura, Wellek se fija como objetivo básico de su libro desenredar tal diversidad de tendencias, enfoques, métodos, preocupaciones e intereses, empleando para ello el perspectivismo —que no debe entenderse como relativismo ni absolutismo— que es el modo de ver el objeto desde todos lados estando seguro de que *existe* realmente. Persigue de esta manera orientar al lector en la seguridad de que la historia y la teoría se iluminan mutuamente, de que hay una profunda unidad entre hechos e ideas, así como entre el pasado y el presente.

En cuanto a la introducción propiamente dicha, cabe afirmar que ésta tiene menos interés metodológico. Subraya en ella la importancia que posee la crítica del siglo XIX y, muy especialmente, la de origen francés, así como el desarrollo de la crítica universitaria y su fomento de la historia literaria, señalando a continuación la paradoja de que en la segunda mitad del siglo XIX se produjera un retroceso de la crítica con respecto al cumplimiento de lo que Wellek estima que es la tarea nuclear de la misma —definir y explicar la esencia de la poesía y de la literatura—, retroceso siempre en relación con la sistematización alcanzada por los grandes críticos románticos. Algo parecido ocurre, razona nuestro autor, con el otro gran logro del XIX, el historicismo, pues

*si bien ensanchó infinitamente los horizontes de lugar y tiempo e hizo sentir mejor lo vario del arte y de sus formas, ejerció un influjo negativo sobre la crítica, ya que la arrastró a un relativismo anquilosante y a una anarquía de valores que se fue acentuando más y más a medida que avanzaba el siglo. (Wellek, 1972: 14).*

En todo caso, valora el siglo XIX por sus esfuerzos divergentes en varias direcciones —cientificismo, historicismo, realismo, naturalismo, didactismo, esteticismo, simbolismo, etc.— como un laboratorio crítico, siendo a la postre lo más importante el surgimiento de auténticas personalidades críticas, de las que ofrece una breve nómina. Y continúa con una referencia a otro aspecto sobresaliente de este periodo: el del nacionalismo literario, refiriéndose a sus luces —variedad de tradiciones y cultivo de la crítica en nuevos países— y sus sombras —excesos reivindicativos de cada pueblo, machacones debates étnico-literarios y fragmentación del discurso crítico—, concluyendo con la siguiente afirmación:

*La crítica se escribe siempre —por perennes que sean sus problemas centrales y aunque los mejores críticos superen las angustias del horizonte— en cierto encuadramiento histórico, en cierta situación temporal y social, y muchas veces pensando en un público determinado. No es que intentemos reducirla a mero espejo de esa situación; antes bien, nos gustaría que se viese cómo la trasciende por todos lados, cómo retorna a problemas tratados desde Aristóteles y hoy mismo discutidos en condiciones político-sociales muy distintas. (Wellek, 1972: 17).*

De ahí que se vea impelido —así lo reconoce— a emplear el criterio de exposición antes por países que por el juego de ideas.

## EL PRÓLOGO Y LA INTRODUCCIÓN DEL QUINTO VOLUMEN

René Wellek comienza su prólogo reconociendo la necesidad a que se ha visto sometido de cambiar el criterio de exposición de su historia de la crítica, al ocuparse ahora concretamente de la crítica in-

glesa y norteamericana de la primera mitad del siglo XX, justificando que trate de ambas aparte de la del Continente. El resto de sus palabras lo dedica a exponer argumentos relativos a las relaciones que tanto la crítica inglesa como la norteamericana mantienen entre sí, si bien concluye que ha de tratar de cada una separadamente dada la diferente situación de la crítica en cada país.

Mayor interés metodológico guarda la introducción que sigue, introducción que subtitula «Método y ámbito». Pues bien, método y ámbito son los aspectos centrales que ocupan la ya muy experta atención de Wellek en la «Introducción a los tomos V y VI» de su *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*. Se ha enfrentado con todo tipo de problemas, teóricos, metodológicos, empíricos e instrumentales. Ha pasado el tiempo. El historiador de la crítica se mira ahora en el espejo del blanco papel para reflexionar en alta voz sobre su propio quehacer histórico que se dispone a cerrar. Comienza reflexionando sobre la crítica y su historia por el método de la comparación con actividades históricas de otros dominios, resaltando un rasgo de la historia de la crítica: la accesibilidad inmediata a los textos, como si hubieran sido escritos ayer, y el empleo de un mismo lenguaje, el lenguaje de los conceptos. A continuación, reconoce la especificidad del discurso crítico, y la necesidad de su historia, considerando que la crítica es «cualquier disertación sobre literatura»:

*Me agrada contestar que la crítica es cualquier disertación sobre literatura (...) Una de sus misiones es la distinción entre los diferentes modos de definir y considerar la materia. Una historia del concepto de crítica, literatura y poesía constituye el verdadero núcleo central de los libros. (Wellek, 1988: 18).*

Esta disertación sobre literatura, toda crítica literaria, según su afirmación, está relacionada con la historia de la literatura y de las artes, la historia del pensamiento, la historia general, ya sea política o social, e incluso con las condiciones sociales y económicas, pero sin que actúen éstas como su razón o fundamento. Por lo tanto, Wellek reconoce que ha de intentar describir la relación de la crítica con las demás actividades del hombre, pero sin perder de vista la cuestión principal: la relación de la crítica con el ejercicio de escribir, estableciendo unos límites y considerándola como una actividad relativa-

mente independiente, lo que obliga a dominar el problema de la relación de la crítica con la literatura para evitar una disolución de la historia de la crítica en la historia de la literatura.

En cuanto a la literatura y a la unicidad de las obras, razona Wellek, la crítica opera con problemas que son los mismos que trataron Platón o Aristóteles y, en el fondo, con las mismas preguntas, de donde deduce una de las misiones de la historia de la crítica: mostrar que la crítica moderna es un proceso de redescubrimiento de antiguas cuestiones. Ahora bien, para el estudio de las mismas, Wellek abandona el método de historia de las ideas y rechaza la idea de intemporalidad. El modo que encuentra para el estudio de la crítica es el de una historia interna de la misma, sometida a un sentido de dirección, pues una historia neutral resulta imposible. Lo afirma con las siguientes palabras:

*La historia de la crítica, como yo la concibo, no puede ser simplemente un estudio de textos intemporales y no tiene que quedar reducida a una rama de la historia general o de la cultura. Tenemos que encontrar un modo de pensar en una historia interna de la crítica. (Wellek, 1988: 23).*

La misión de su trabajo es, pues, exponer la gran diversidad de opiniones sin renunciar a la propia perspectiva, operando doxográficamente, esto es, exponiendo las ideas de los otros y reconociendo su categoría, sin que sea necesario reconciliar contradicciones ni llegar a síntesis. Pero esta historia interna no la entiende Wellek como una historia evolutiva, ya que una obra crítica no es un simple elemento de una serie, aunque se relacione con algo del pasado, tampoco le sirve el modelo kuhniano al no existir revoluciones en la historia de la crítica<sup>7</sup>. Finalmente, el historiador justifica el protagonismo que con-

<sup>7</sup> Debo recordar que T. S. Kuhn publicó en 1962 *La estructura de las revoluciones científicas*, estudio en el que introdujo el concepto de paradigma —un paradigma es el marco de referencia más amplio que los miembros de una comunidad científica comparten y, recíprocamente, una comunidad científica consiste en hombres que comparten un paradigma—, que tan notables cambios habría de provocar en la idea de progreso científico y en la valoración de la dimensión social de la ciencia y que tan importante debate habría de generar también —el propio filósofo de la

cede a críticos y grupos de críticos por el valor que tiene en la crítica la iniciativa individual —de ahí que sean importantes sus retratos y perfiles intelectuales, además de la interpretación de las tendencias y demás circunstancias— y, a pesar de haber perseguido organizarse cronológicamente, ha terminado por reconocer que la historia de los acontecimientos es completamente distinta a la historia de las ideas. Y acaba con un alegato en defensa de la literatura y de su estudio:

*Estoy convencido de que la crítica literaria es una actividad distinta del hombre, que es digna de estudiarse por derecho propio, exactamente lo mismo que creo y podría alegar que hay un grupo distinto llamado «literatura» desde la antigüedad. Merece nuestro recuerdo por la calidad estética, por eso que solemos llamar «belleza» y por su efecto sobre los hombres, ya sea en soledad o en sociedad en general. El mundo sería inimaginablemente más pobre sin literatura, y la literatura, a su vez, necesita la comprensión, la selección y la valoración que le proporciona la crítica. (Wellek, 1988: 29).*

#### ELEMENTOS PARA UN ANÁLISIS Y CRÍTICA DE ESTAS REFLEXIONES

Vaya por delante una afirmación que efectúo sin ambages. Los apretados tomos de historia de dos siglos de crítica literaria realizados por una sola persona, empleando un volumen de información impresionante, aunque se hayan caído del índice de la obra numerosos aspectos dignos de historización y análisis, merecen mi reconocimiento, pues son un punto de referencia y lugar de paso obligados,

ciencia lo matizó en 1969 proponiendo la nueva denominación de «matriz disciplinar». Sin embargo, así lo creo, el empleo de esta herramienta conceptual sigue resultando operativa a la hora de ordenarnos con respecto a los estudios literarios, dado el importante número de teorías existentes y las distintas problemáticas en que se asientan, si bien no ha de olvidarse que en los estudios literarios más que paradigmas sucesivos hay paradigmas paralelos —el semiológico, el fenomenológico-hermenéutico, el psicoanalítico y el sociológico—, capaces de generar respectivamente varias teorías en su seno que, a su vez, pueden relacionarse con teorías de otro paradigma.

independientemente de la dirección en que movamos sus páginas. Por eso, reflexionar sobre algunas de sus ideas teórico-metodológicas es ocasión de aprender de lo hecho, en cualquier sentido, y poner esa experiencia ganada en función de las posibilidades de escribir / reescribir historias de la crítica.

Por ejemplo, la separación que establece entre teoría y práctica literaria y la legitimación de las prácticas críticas en tanto que dominio específico de una labor historiadora me parecen acertadas. No otra cosa intenté subrayar en mi libro, de tan simple como claro título, *Literatura y saber*, de 1987. Los procesos productivos y funciones sociales de ambos discursos son diferentes, aunque se relacionen estrechamente e incluso se confundan en uno —piénsese por poner un solo caso concreto en el soneto de Dámaso Alonso «Nuestra heredad»—. De todos modos, y en esto no se pronuncia Wellek, nada se dice de la practicidad social de la teoría ni de su proceso productivo como práctica teórica. Por otra parte, a pesar de que persiga una historia interna de la crítica, una historia interna del juego sin fin de las especulaciones, el hecho de que reconozca la idea de la existencia de las críticas nacionales e incluso opere con la misma no es cuestión menor, porque está apuntando así, e implícitamente reconociéndola, la idea de formación social, la idea de la crítica como práctica concreta de una situación concreta y sus mediaciones, la crítica como un artefacto social, una institución, aunque luego rechace con monótona insistencia la posibilidad de explicación causal y, muchísimo más, la explicación determinista. De todos modos, no puede olvidarse que cuando trabajamos con efectos lo estamos haciendo con causas, aunque las despreciemos. Por de pronto, sin entrar en otros aspectos, sólo los empíricos, la crítica literaria es efecto, consecuencia o secuela de otra práctica, la literaria. De ahí el adjetivo de su nombre, aunque luego ambas prácticas anden sus caminos respectivos y alcancen su explicación en la lógica de su producción respectiva que a su vez se asienta en una lógica histórica, en la historia como proceso. Que el proceso histórico carezca de un fin exterior, que sea indefinido y abierto al igual que el movimiento no es absoluto, no tiene por qué hacer suponer que las prácticas de ese proceso empiecen y acaben en sí mismas, sin mantener relaciones de multicausalidad con otras prácticas de ese proceso. Que no sepamos ni por qué ni a dónde vamos, no quiere decir que hemos de ignorar donde estamos. Una

cuestión es rechazar el principio dialéctico del funcionamiento causal y otra cosa es que, por ejemplo, cada vez que demos un paso tengamos que explicar —lo diré con un ejemplo muy gráfico— la morfología del aparato locomotor, el funcionamiento del riego sanguíneo y el proceso de comunicación neuronal, sin extendernos en detalles acerca del sitio de la pisada y de las excelencias energéticas de los hidratos de carbono, etcétera. Los excesos deterministas del peor historicismo junto a los excesos de todo esencialismo adeterminista se revelan como obstáculos serios para proceder históricamente frente a cualquier práctica, muy particularmente frente a la de los estudios literarios, dispuestos casi siempre a cualquier alta traición esencialista. Los excesos empiristas que establecen una rígida separación entre efecto y causa, delimitando la nítida esencia que se aloja en el suceso causado y en la del suceso causal e ignorando que efecto y causa pueden darse juntos, son obstáculo grave también para ver con los mejores ojos de la disciplina histórica.

Precisamente, frente a todo empirismo, Wellek distingue entre acontecimiento e idea, una manera de superar la tendencia a la cronología, la prehistórica manera de hacer historia, a que nos encadenaría el fiel seguimiento de la huella del acontecimiento. Ahora bien, operar de este modo puede ser resultado no sólo de una mirada dialéctica capaz de establecer tal distinción, sino que puede provenir de una mirada des-realizadora de proyección ahistórica que arranque de su ganga material y directa envoltura histórica la verdad del pensamiento literario que tiene su propio y autónomo espacio de funcionamiento, como creo que es su caso. Yendo en dirección contraria, que una idea, que es una acción histórica, surja en un cruce espacio-temporal determinado, no quiere decir que viva siempre en él. Si no podemos olvidar su origen concreto, tampoco podemos despreciar el funcionamiento abierto del diálogo histórico.

Por otra parte, si aceptamos como válida la idea de hacer no una historia de la crítica, una práctica discursiva, sino una historia de grandes mentes, de grandes críticos y, con mucho, grupos de críticos que alguna vez se enfrentaron a lo literario, tal como dice con radical claridad en su primer prólogo y en su última introducción, una historia de la crítica dejaría de ser tal, pues no es igual, pienso, a una historia de los críticos literarios. En pureza, las herramientas historiográficas para hacer una historia de individuos que han practicado

la crítica serán análogas pero no las mismas que las empleadas para hacer la historia de un discurso, por cuanto los presupuestos ideológicos que las fabrican son bien distintos. Por otra parte, desde mi punto de vista, los individuos, con todo su poder de iniciativa resguardado y reconociéndoles su papel de hacedores de la historia, elementos de un proceso, lo mejor que pueden conseguir para su trabajo de ideación teórica y labor crítica es que su nombre se diluya en un adjetivo, como hegeliano, barthesiano, etc. o en un sustantivo —marxismo, por ejemplo—, lo que será signo de fecundación. Lo contrario, es la práctica de una historia de romántico perfil movida por grandes genios pensantes en la soledad de su gabinete de trabajo.

Nuestro diálogo con Wellek podría prolongarse a través de otras muchas cuestiones, pero no pretendo agotarlas. Subrayaré sólo algunas de ellas. Por ejemplo, la positiva idea de que el historiador no se vea obligado a limar las contradicciones ni a provocar síntesis acerca de las ideas literarias con las que opera. Esta sería, de obrar así, la cara histórica del pluralismo teórico en su peor sentido. Si tratamos de ya conocer ya reconocer ya interpretar mediante un interrogatorio la singularidad de los estudios literarios hemos de contar antes que nada con esas singularidades sin forzarlas a que cambien su identidad original, aunque resulten luego sometidas a determinadas ordenaciones, clasificaciones en función de una perspectiva que las establece, esto es, dándoles cognoscitivamente una identidad histórica. La fórmula discursiva a la hora de llevar al papel un estudio histórico debe establecerse de manera que el lector perciba en quién radica la responsabilidad de determinada afirmación o uso de la misma.

Otro aspecto, y éste no menor, es el que se refiere al rasgo que caracteriza a la historia de la crítica frente a otras *historias de...*: la accesibilidad inmediata a los textos, como si hubieran sido escritos ayer, y el empleo de un mismo lenguaje, el lenguaje de los conceptos. Si Wellek se refiere a la accesibilidad física a nuestro campo de trabajo, poco se le puede objetar, pues hoy en día, después de veinticinco siglos, el estetizante pensamiento platónico, por ejemplo, reposa a nuestra disposición en cualquier biblioteca frente a la ímproba labor que los historiadores de otras disciplinas han de desarrollar a la hora de proveerse su dominio empírico operatorio (investigación de archivos, excavaciones, etc.). Si se refiere a que, siguiendo con el ejemplo, Platón y nosotros hablamos el mismo idioma teórico y su tiempo en

el fondo es nuestro tiempo, su afirmación se llena de un espeso aire ahistórico, pues nada más significativo de la *distancia* existente que la necesidad de nuestro propio trabajo histórico de intermediación.

Finalmente, un aspecto instrumental interesante del que yo mismo me suelo servir es operar doxográficamente, sin renunciar a la propia perspectiva ni caer en la doxología, lo que supone exponer las ideas de los otros y reconocer su categoría. Me parece un buen mecanismo de control de los virtuales excesos interpretativos, un buen medio de preparación del interrogatorio y una manera de hacerle llegar al lector una información de la que probablemente carezca, aparte de ser fase obligada de cualquier trabajo con las teorías literarias, pues éstas han de conocerse minuciosamente en su lógica interna, siendo sometidas a un análisis intensional. Ahora bien, si tal técnica historiográfica, con sus correspondientes soluciones discursivas, es la consecuencia de la sobrevaloración del sujeto crítico, funcionará en una dirección de alabanza y reconocimiento más que en la de comprensión y conocimiento.

Si, para Wellek, no es posible la evolución histórica en el campo de los estudios literarios ni factible una paralela historia evolucionista de ese dominio, si tampoco es viable una historia periodológica y la finalidad de su historia de la crítica se limita a mostrar el proceso de redescubrimiento de antiguas cuestiones, la verdad es que Wellek tiende a instalarse en el solar croceano del «eterno presente», un gran esfuerzo de labor histórica para anunciar el ocaso de la historia, ahora sin adjetivo alguno.

## BIBLIOGRAFÍA

- CHICHARRO, A. (1987). *Literatura y saber*, Sevilla: Alfar.
- (2001), «Saber literario e historia: Algunas cuestiones de principio a la luz de la discusión actual acerca de los modelos objetivistas históricos», en Vázquez Medel, M. A. y A. ACOSTA, eds. (2001). *La semiótica actual. Aportaciones del VI Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica (Sevilla, 28-31 de octubre de 1996)*, Sevilla: Alfar, pp. 149-155.
- (2004). «Para una historia del saber literario (Notas de una investigación historiográfica en marcha)», *Revue Romane*, 39-1, pp. 115-131.

- KUHN, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1883). *Historia de las ideas estéticas en España*, Santander: Aldus (C.S.I.C.), 1946-1947, 5 vols.; Madrid: C.S.I.C., 1974, 2 vols. [ed. facsímil 1994], pp. 1-13.
- WELLEK, R. (1959). *Historia de la crítica moderna (1750-1950). La segunda mitad del siglo XVIII* (versión española de J. C. Cayol de Bethencourt), Madrid: Gredos.
- (1972). *Historia de la crítica moderna (1750-1950). Los años de transición* (versión española de J. C. Cayol de Bethencourt), Madrid: Gredos.
- (1986). *Historia literaria. Problemas y conceptos*, Barcelona: Laia.
- (1988). *Historia de la crítica moderna (1750-1950). Crítica inglesa (1900-1950)* (versión española de Fernando Collar Suárez-Inclán), Madrid: Gredos.
- (1996). *Historia de la crítica moderna (1750-1950). Crítica francesa, italiana y española (1900-1950)* (versión española de Fernando Collar Suárez-Inclán), Madrid: Gredos.
- WELLEK R. y A. WARREN (1951). *Teoría literaria*, Madrid: Gredos.